

# La eucaristía transmitida por televisión

Un servicio de la Facultad de Teología  
de la Pontificia Universidad Javeriana

GERMÁN BERNAL, S.I.\*

*No tengan miedo... lo que les digo en secreto,  
grítenlo desde las azoteas de las casas.  
Mt 10,26-27*

## RESUMEN

*La transmisión de la eucaristía por televisión plantea variados interrogantes. ¿La vivencia sacramental podría tener una extensión visual a través de la pantalla, de la que se derivaría una cierta eficacia? ¿Cuáles son las profundas raíces del mirar teológico y sacramental? ¿Se puede encontrar justificación pastoral para continuar transmitiendo una acción sacramental a distancia? Éstas y otras cuestiones, que han brotado de una práctica pastoral televisiva a lo largo de casi veinte años, se plantean en estas consideraciones.*

Un obispo me saluda cariñosamente cuando lo encuentro y me confiesa que siente secreta envidia de mí, porque cuento con más feligreses que los que hay en toda su diócesis. Si McLuhan hablaba de la aldea mundial, es motivo de honda satisfacción pastoral, ser el «párroco virtual» de la más grande asamblea dominical de Colombia.

\* Director Misa Televisión. Ecónomo del Colegio Máximo de María Inmaculada, comunidad de profesores.

Con inmensa alegría comparto con los lectores de *Theologica Xaveriana* las reflexiones suscitadas a lo largo de estos 18 años de transmisiones de la eucaristía por televisión. Es una excelente oportunidad para evaluar la problemática que plantea la santa misa transmitida por este medio. La invitación a escribir sobre tal experiencia para el órgano de la Facultad de Teología, me parece el reconocimiento a una labor silenciosa en la que con frecuencia me he sentido muy solo y que llega a ser bastante pesada con el correr de los años.

Quiero expresar mi gratitud sincera a la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana en nombre de los millares de televidentes que a lo largo de estos años han podido unirse a la celebración de la eucaristía por medio de la pantalla chica. Gratitud inmensa, pues ha sido voluntad indeclinable de esta facultad mantener el programa en el aire, como un servicio y una extensión pastoral de su múltiple actividad académica e investigativa. En efecto, uno de sus profesores ha llevado la responsabilidad de la preparación, grabación, posproducción y evaluación de la misma.

De igual manera, la Fundación Social y Cenpro han estado siempre presentes para financiar los costos que conlleva el espacio televisivo semanal. A ellos también debemos expresar nuestra gratitud, pues hacen posible la transmisión del mensaje evangélico y el sacrificio redentor a millares de personas.

Deseo compartir con sencillez una experiencia que se ha mantenido por casi 36 años en Colombia. Se trata de un apostolado que inició el padre Rafael Vall-Serra, S.I, como pionero, desde los años sesenta junto con un grupo de jesuitas. Durante los últimos 18 años he tenido la responsabilidad de la emisión de la eucaristía por televisión. Este apostolado exige una múltiple competencia para su realización: teológica, exegética, litúrgica, celebrativa, semiótica, estética, técnica, musical... Con frecuencia experimento la dificultad de armonizar e integrar todos estos aspectos. Además exige un equipo de trabajo que pueda compartir la compleja tarea de emitir la celebración eucarística desde parroquias, monasterios, santuarios...

## UN POCO DE HISTORIA

Desde 1960 los jesuitas de Colombia conformaron un grupo apostólico dedicado a la pastoral de las comunicaciones sociales, muy especialmente enfocado a la producción de programas por televisión. El padre Rafael Vall-Serra, S.I., dio inicio a

la obra, que se llamó Centro de Producción de Televisión, Cenpro, y luego daría origen a la actual empresa comercial del mismo nombre.

Cenpro inició la transmisión de la misa por televisión en Colombia. En 1964 se comenzó a celebrar la santa misa desde un pequeño estudio de Inravisión. Con el exiguo apoyo económico de una cadena de almacenes, se pudo comenzar esta emisión de la eucaristía, transmitida en vivo y en directo.

El grupo de jesuitas de Cenpro aseguraba la continuidad del programa. Los jóvenes estudiantes de humanidades y filosofía de la Compañía de Jesús colaboraban en la elaboración de los guiones y en otros aspectos de la producción. Se contaba con medios muy precarios: por ejemplo, las imágenes que enriquecían el programa eran láminas pegadas sobre cartones, tomadas por una de las cámaras del estudio; de otra parte, el espacio para la celebración era muy estrecho. Y no debemos olvidar que en aquellos comienzos de la televisión en Colombia la señal era en blanco y negro.

Hacia 1980 comenzaron las emisiones en color para este país. La santa misa se benefició de esta riqueza de la imagen, en términos de toda la simbología y expresividad litúrgicas. También para esa época la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana asumió la dirección y orientación de la santa misa por televisión, como una de sus extensiones pastorales.

En septiembre de 1989 celebramos gozosamente los 25 años de emisiones ininterrumpidas de la santa misa por televisión. En 1999 cumplimos los 35 años de transmisiones eucarísticas. Ningún programa de la televisión colombiana ha contado con tal permanencia en la pantalla.

Al cabo de estos casi 36 años, la intuición del padre Rafael Vall-Serra, S.I., se ha visto prolongada en este espacio religioso dominical, con los altibajos inherentes a toda obra humana, pero siempre con empeño pastoral ineludible.

El horario de la emisión al aire ha ido variando. En la primera época la misa se celebraba a las 11 a.m., pero con el paso del tiempo la hora de emisión fue retrocediendo paulatinamente: a las 10:00 a.m., a las 9:00 a.m., a las 8:00 a.m. Desde 1995 se transmite a las 7:30 a.m., por el canal 1 de Inravisión.

Desde su comienzo, la eucaristía por televisión, en Colombia, sólo ha contado con treinta minutos para su emisión. Para una misa dominical es un tiempo apretado: hemos tenido que acomodarnos, pues no ha sido posible conseguir un espacio más amplio. Hasta hace pocos años era la única eucaristía transmitida

por televisión; en la actualidad existen varias, difundidas por diversos canales regionales y con diferentes enfoques.

### ¿MISA TRASMITIDA POR TELEVISIÓN O REALIZADA PARA TELEVISIÓN?

74

El esfuerzo de llevar la eucaristía hasta el hogar de muchos televidentes, ha consistido en realizar una *misa para la televisión*, más que en una *misa transmitida por televisión*. Ello no quiere decir que se haya logrado todo lo que exige una *misa para la televisión*

#### Ejemplos de transmisiones *por* televisión

1. Un partido de fútbol desde un estadio. No hay que hacer nada *para* transmitirlo. Simplemente desde ángulos diferentes las cámaras, siguen el balón y mantienen el interés de los televidentes. El juego transcurre con total independencia de la transmisión misma. Nadie pensaría en hacer un guión para el partido. El lenguaje comunicativo lo crea el juego mismo.
2. Varias cámaras de video transmiten una ópera, un concierto o una pieza teatral desde un auditorio. Las cámaras siguen a los actores o a los músicos. El ritmo lo comunica la obra musical o teatral. Lo más que podemos hacer es conocer muy bien el desarrollo de la ópera o del concierto, y seguir la partitura, paso a paso, con las cámaras. Pero el concierto mismo, como el partido de fútbol, no está hecho *para* ser transmitido. La comunicación es automática. La cámara es un oyente más. Puede acercarse a la intimidad de los músicos, cosa que no logra hacer un simple espectador sentado en una butaca, ni siquiera en las más cercanas al proscenio. En los dos casos la fuerza de una transmisión *por* televisión la comunica la obra misma.
3. Si una mañana de domingo se instalan en el atrio de una parroquia las unidades necesarias para una transmisión televisiva, las cámaras colocadas en la nave de la iglesia, comienzan a captar las imágenes de una comunidad cristiana que celebra la eucaristía. Si en la noche del Sábado Santo, o en la solemne apertura de la Puerta Santa, el 24 de diciembre, desde los balcones de la Basílica de San Pedro, varias cámaras siguen paso a paso el desarrollo de una vigilia pascual, o la apertura del año santo, presididas por el Papa, millones de televidentes pueden seguir desde sus casas estas solemnes celebraciones. Pero no hay un interés explícito por comunicarse con quienes están más allá del recinto. La celebración misma se desarrolla de acuerdo con sus propias leyes. Los parámetros de espacio se

limitan a los de la asamblea reunida en ese recinto concreto. No hay un guión o libreto como tal, aparte del ritual mismo que se desarrolla con cuidado y esmero. Se han previsto algunas tomas concretas, para momentos especiales. El texto de un canto o un momento celebrativo se verán reforzados, aprovechando tal o cual ángulo artístico, o el motivo de un tapiz, un vitral, un capitel, un detalle de la arquitectura...

En el fondo esa celebración es transmitida *por* televisión. La calidad de la comunicación es dada por los actores que celebran y por el ritmo que ofrece el desarrollo de los ritos previstos. Las cámaras llevan a las pantallas lejanas el hecho de una comunidad parroquial celebrante o de una solemne asamblea en San Pedro. Las imágenes invitarán a los televidentes a unirse al acontecimiento celebrativo, por la calidad de las tomas y por la cuidadosa ejecución de ritos, palabras y símbolos utilizados.

### Trasmisiones *para* televisión

Un partido de fútbol, una ópera, un concierto, una pieza teatral, una misa transmitida desde una parroquia o desde San Pedro, son los ejemplos que hemos traído como eventos que se transmiten *por* televisión.

Algunos de ellos podrían convertirse en trasmisiones *para* televisión, con la condición de someterlas a adaptaciones considerables. Se puede transformar una obra de teatro, como *Hamlet*, en un dramatizado televisado o en una película, como hizo Zefirelli. Es muy diferente transmitir *Otello* desde el teatro de la Scala o *Aída* desde la Arena de Verona, a realizar para cine *La Traviata* de Verdi, dirigida por Zefirelli, o *La flauta mágica* de Bergman. Estas dos últimas son versiones *para* cine o televisión.

Creo que una celebración eucarística, tal como la realizamos, dadas nuestras circunstancias, puede convertirse en un evento *para* ser transmitido por televisión.

La liturgia es la acción celebrativa de una asamblea cristiana real, reunida en la fe, en comunión con la Iglesia local y universal, para celebrar la muerte y la resurrección de Cristo presente en ella, ofreciéndose al Padre como culto perfecto. Es el culto explícito de una comunidad eclesial, que une el sacrificio espiritual de la vida diaria de los fieles al misterio pascual de Cristo y que intensifica la fraternidad entre sus miembros.

Los sacramentos (entre ellos la eucaristía) *no son* espectáculo *para* ser transmitidos o televisados, sino celebraciones vividas por una comunidad cristiana concreta en un espacio definido, a partir de una experiencia de fe.

En torno a este debate ha corrido mucha tinta. Enemigos acérrimos de la transmisión de la eucaristía, como Karl Rahner y otros, apoyándose en la teoría de los *mysteria*, según la cual únicamente los «iniciados» pueden participar, llegaron a decir que transmitir la eucaristía por televisión sería como arrojar el pan de la mesa a los perros. (También como la Cananea, podríamos responderles que los perritos anhelan las migajas que caen de la mesa...)

Otros alegaron el peligro de que el pueblo cristiano desvirtuara el verdadero sentido del precepto dominical... Es curioso que muchos fieles cuando se confiesan, dicen: «Me he contentado con ver la misa por televisión...» Sienten como que algo no va bien en su conciencia. Habría que preguntarse si esa persona que se confiesa así, tal vez un día pueda sentirse llamada a participar en la eucaristía de su parroquia, precisamente, gracias a la misa que vio por televisión...

El aspecto de *precepto* hay que dejarlo entre paréntesis, cuando se trata de plantear nuestra problemática en torno a la transmisión de la eucaristía. Para cuántos cristianos ver o no ver la misa por televisión en realidad no es cuestión de precepto sino de profundización en la celebración y de gusto espiritual por la Palabra. Muchos, en efecto, luego de ver la misa en su televisor, participarán más tarde en su parroquia. Haber visto la misa en la televisión les sirve como preparación espiritual.

Me parece que no hay que ahondar la polémica sobre el precepto dominical en torno a una misa televisada. De hecho, sus principales destinatarios no están obligados al precepto dominical, pues se encuentran imposibilitados para acudir al templo. Personalmente, creo que con diversos argumentos teológicos puede darse una amplia gama de posiciones: desde los que se opondrían a transmitir una acción sacramental, hasta quienes la propiciarían por motivos pastorales, catequéticos, misioneros, ecuménicos... Otros optarían por emisiones de celebraciones distintas de la eucaristía. Algunos no estarían de acuerdo en querer competir con la así llamada «Iglesia electrónica» transmitiendo acciones culturales y sacramentales...

Ante la pregunta con la que comenzamos -¿misa por televisión o misa para televisión?- hemos optado por realizar una *misa para televisión*.

## LA ASAMBLEA EUCARÍSTICA

Nunca olvidamos que la verdadera asamblea de la eucaristía televisada la constituyen enfermos, ancianos y personas aisladas o impedidas para acudir a la iglesia. Esa asamblea es más o menos fija y no hace espectáculo. Es una asamblea dispersa en el espacio pero unida en la misma fe y en la misma experiencia celebrativa. El reto consiste en hacer de la asamblea presente en la iglesia o parroquia un testimonio vivo de fe y una invitación a la participación activa de los televidentes. No siempre es fácil constituir esas asambleas... por la mediocridad en la participación... por la calidad de las personas que las integran... por la imagen distorsionada de Iglesia que proyectan... Asambleas constituidas en su mayoría por personas mayores dan una idea de una parroquia envejecida... Lo mismo ocurre en el caso de asambleas de mayoría femenina, infantil o escolar... Cada una de ellas refleja un tipo de Iglesia diferente.

La asamblea eucarística, en el caso de una misa transmitida desde una parroquia, tiene un peligro de artificialidad. El solo hecho de tener potentes reflectores sobre los ojos, las cámaras instaladas sobre torres y andamios, las grúas, los rieles para desplazamientos por las naves, el movimiento de personas con audífonos, haciendo señales... Todo ello comunica insensiblemente un artificio que resta espontaneidad y naturalidad al grupo celebrante. Los lectores, la coral, los comentaristas, acólitos y todos los que intervienen, están conscientes o inconscientemente preocupados por el hecho de que van a ser vistos y oídos por muchos. Superar todo esto no es fácil. Si hay alguna crítica a las emisiones desde parroquias, consiste en que casi siempre resultan celebraciones demasiado bellas, bien realizadas, impecables... Así no es la realidad celebrativa de todos los días. ¡Ojalá lo fuera!

## OTROS RECURSOS VISUALES Y SONOROS

### Traducción para sordos

Desde hace veinte años un traductor para sordos, especialmente en la liturgia de la Palabra, ayuda a los hermanos con problemas de audición a entrar en contacto con la Palabra de Dios. Como es apenas obvio, esta traducción en la pantalla es un elemento distractivo para los que pueden oír bien. Por eso lo limitamos al máximo: sólo se traducen al lenguaje gestual las lecturas de la Palabra y la corta homilía. Nada más. Existe otro sistema de traducción simultánea por medio de un

generador de caracteres al pie de la pantalla. Es muy costoso y produce un malestar parecido al descrito.

### Generador de caracteres

78

Además de la presentación y despedida de la emisión de la santa misa, utilizamos el generador de caracteres para dar indicaciones muy breves, para señalar las diversas partes de la celebración: los ritos iniciales, la liturgia de la Palabra, la liturgia eucarística... También sirve para brindar las respuestas menos comunes. Aparecen en la pantalla en *clipper* con la imagen que en ese momento sale al aire. Es un auxiliar pedagógico litúrgico para que los fieles aprendan estas respuestas.

### Diversidad de tomas

La diversidad de tomas, planos, ángulos, puede ser un instrumento visual que acentúa diversos momentos de la celebración. Con el peligro de no ser exhaustivo y de tocar un punto bastante complejo, me atrevo a compartir con ustedes algunas tomas utilizadas por nosotros y su significación.

Algunos primeros planos presentan riesgos, pero si se tiene como trasfondo el esbozo teológico (que presentaremos más adelante), de la importancia del *ver* en una acción sacramental, pueden cumplir una función importante. Solamente un primer plano puede hacer descubrir el simbolismo de la gota de agua que se añade al cáliz, o mostrar la riqueza del lavatorio de las manos como signo de purificación interior, con la condición de que se haga expresivo derramando abundante agua en las manos, y no únicamente de los dedos.

Acciones rituales como las manos extendidas sobre el pan y el vino durante la primera epíclesis, descubren su fuerza expresiva a través de un primer plano. Lo mismo se puede decir del pan y del vino en el momento de la consagración. Una acción central, como la fracción del pan, recupera toda su fuerza en un primer plano. Este momento, que pasa casi desapercibido en la mayoría de nuestras celebraciones, adquiere todo su relieve en una toma en primer plano.

La mayoría de misas transmitidas por televisión hacen un énfasis exagerado en el altar. No hay otros ángulos diferentes. Algunas eucaristías desarrollan toda la celebración desde el altar. Aparentemente no hay fieles. Una trasmisión así se asimila a la de un noticiero de televisión.

## Imágenes incorporadas a la emisión

Algunas imágenes fijas, generalmente de obras de arte, constituyen un refuerzo visual. La imagen acompaña y revive algunos momentos de la celebración. Son imágenes escogidas y situadas exactamente en un momento preciso del libreto, imágenes puntuales coordinadas con el texto que se escucha en ese momento. No se trata tan sólo de llenar espacios o dar variedad a la trasmisión.

La problemática de la utilización de la imagen religiosa es muy amplia. Comenzaría con la distinción entre imagen sacra e imagen religiosa. Otros hablan de diferencia entre imagen piadosa y litúrgica... Podríamos llevar la discusión y llegar tal vez hasta plantear los peligros o inconvenientes de utilizar la imagen fija en la misa transmitida. De hecho, algunos la rechazan. Alguno pudieran objetar que las fotos que van apareciendo pueden ser más bien un elemento que distrae, en lugar de ayudar a la profundización del mensaje... O también pueden afirmar que ellas frenan el ritmo de la emisión.

Luego vendría la pregunta: ¿Qué imágenes utilizar? ¿Imágenes de la historia del arte? ¿Cuáles? ¿Y de qué época? ¿Pintura cristiana arqueológica, íconos antiguos, mosaicos, pintura cristiana del renacimiento, pintura cristiana moderna? ¿Pintura catequética?

No es fácil resolver estas preguntas y mucho menos responderlas fácticamente, cuando se trata de escoger imágenes concretas para una emisión. En la práctica, hemos optado por tener una gama lo más amplia posible de imágenes, que abarcan las diferentes épocas y expresiones del arte religioso. Utilizamos íconos y mosaicos, imágenes religiosas, que se encuentran en las iglesias de nuestros pueblos, así como la imagen de campanarios y de la arquitectura de las diversas iglesias en campos o ciudades. Así vamos encarnando en nuestra realidad artística colombiana la trasmisión de la eucaristía. También utilizamos imágenes simbólicas o de detalles, que reproducen o desdoblan los grandes gestos o signos litúrgicos: por ejemplo, manos en diversas expresiones de ofrenda o de oración... O empleamos imágenes que refuerzan la proclamación de las lecturas: para el comentario que introduce una lectura o eventualmente acompañar la proclamación, especialmente en el caso de las parábolas. Nunca la proclamación queda completamente ilustrada con imágenes.

Igualmente útiles son las fotografías de aspectos de la vida cristiana de las comunidades o grupos que participan de la eucaristía, las fotografías del Papa y de la vida de la Iglesia, en el momento en que se ora por el Papa en la plegaria

eucarística, las fotografías de cementerios en pueblos y ciudades, en el momento en que se ora por nuestros difuntos.

Con la condición de que no sean demasiadas, una apta selección de imágenes puede educar el mirar religioso de nuestros fieles. El Giotto, Fra Angelico, Tiépolo, Mantegna, Rafael, El Tintoretto, Miguel Ángel, El Greco, Velásquez o Murillo, pueden desfilar domingo a domingo en momentos precisos de la celebración, enriquecer el mensaje de la fe que celebramos y suscitar una respuesta más encarnada a la Palabra de Dios.

Sería el momento de hacer un breve *excursus* sobre el papel de la belleza en la experiencia religiosa, como reveladora de Dios. La estética, la armonía, el arte, deben estar presentes en la celebración litúrgica.

Iconos, mosaicos, vitrales, iluminaciones de libros de coro o de evangelarios antiguos; capiteles, esculturas, bajorelieves, portales de iglesias románicas y góticas, detalles de puertas con bajorelieves en bronce, cúpulas y muros decorados con frescos, detalles arquitectónicos, fachadas de catedrales de todas las épocas, interiores de basílicas y de iglesias antiguas, artesonados, ábsides en mosaicos, pintura religiosa flamenca, italiana, española, latinoamericana, escultura en toda su riqueza, fuentes, monumentos cristianos... Todo ello va apareciendo en un momento concreto de la celebración, para enriquecer el *mirar religioso* de los televidentes y reforzar la plegaria.

Una cosa es recorrer superficialmente las ilustraciones de un libro de arte del mosaico, o ir a Ravena como turista o como estudioso, y contemplar con unos binoculares un detalle del ábside. Algo muy diferente es tener en la pantalla el detalle del mosaico de Ravena en el que Melquisedeq y Abel ofrecen el sacrificio, mientras los fieles responden antes de la plegaria eucarística: *El Señor reciba de tus manos este sacrificio...*

No toda imagen es apta para la celebración eucarística. El criterio de selección no es fácil. Hay que tener sensibilidad pedagógica para modular las diversas expresiones artísticas, de modo que puedan educar el ver religioso de los fieles. Tratamos de evitar la utilización de imágenes de mal gusto, dulzarronas, del tipo de imaginería religiosa muy popular del siglo pasado y comienzos del presente, inspirada en el arte llamado de «San Sulpicio». Es la típica imaginería de recuerdos de primera comunión, de imágenes del Niño Jesús o del Sagrado Corazón, que se ha denominado como arte *kitsch*.

En nuestro medio latinoamericano, el ícono plantea una especial dificultad para ser disfrutado y comprendido por la gente. El ícono exige una formación para penetrarlo, pues pertenece a una tradición pictórica lejana a nuestra cultura. Sin embargo, se puede hacer una labor educativa, de introducir paulatinamente y seleccionar los ejemplos menos complicados. Hay estudios muy interesantes que muestran como la imaginería popular, en muchos sitios de América Latina, se acerca a la técnica pictórica del ícono.

Usamos con moderación la imagen moderna de difícil lectura e interpretación por parte del telespectador; y con mayor moderación, la imagen puramente decorativa. Pero puede darse el caso de que una fuente o una escultura moderna expresen de manera muy apta una idea de la celebración. Cuando en una plegaria eucarística se habla «de un mundo nuevo donde se viva plenamente la paz», una fuente o una escultura de personas unidas por sus manos, puede ayudar a inspirar la construcción de un mundo renovado en la justicia.

¿Cómo superar la mera tentación de *ilustrar* la misa por televisión? ¿Cómo evitar el escollo de incorporar aspectos diferentes a lo que sucede en la celebración, con el afán de dar variedad y hacer la emisión más interesante? Son dificultades que se deben superar.

Las imágenes fijas hacen posible vincular la *vida* con la celebración eucarística. Al preparar las ofrendas decimos que traemos al altar los frutos de la *tierra* y del *trabajo del hombre*... Esos frutos y ese trabajo, con todo su marco de paisaje, de expresión cultural, de esfuerzo por transformar nuestro mundo, de sabor de la tierra, se transparentan en fotografías que reflejan la múltiple tarea de nuestros campesinos, en la vida sencilla de nuestros pueblos, en la hermosura de nuestras montañas, ríos y paisajes... Al pan y al vino de la eucaristía pueden hacer coro la riqueza y fecundidad de nuestra tierra, la abundancia y colorido de nuestras frutas y de nuestras flores...

¿Será posible utilizar el video en lugar de la foto fija para algunos momentos de la eucaristía? No tenemos experiencia de ello y quisiéramos conocer otras opiniones y vivencias en este tema. ¿Cuál sería el criterio para utilizarlo?

## RAÍCES TEOLÓGICAS DEL MIRAR SACRAMENTAL

La permanencia pastoral en este medio televisivo, durante largos años, va planteando interrogantes que no se resuelven fácilmente. Sería necesario un estudio más profundo sobre el sentido analógico de *comunidad* en sus varios nive-

les. ¿Por qué no puede concebirse un tipo de comunidad, que no se encuentra reunida en un mismo lugar físico sino dispersa y diseminada, pero vinculada por el medio televisivo?

Se podría hacer un estudio interdisciplinar sobre los varios tipos de *presencia*, *inclusive electrónica*. También sentimos la necesidad de analizar los varios niveles de *participación* en una acción litúrgica.

Creo que hay pistas bíblicas y teológicas para descubrir las dimensiones insospechadas del *ver* y del *mirar*, cuando se trata de la experiencia de fe. En este camino bíblico y teológico inmenso, sugiero algunos elementos para instaurar en esta reflexión.

### Teología bíblica del ver

La mirada en la Biblia nos hace descubrir todo un hilo conductor salvífico: desde un Dios que *vio* que todo lo que había creado era bueno, hasta el centurión romano al pie de la cruz, que descubre a través de su mirada que realmente el Crucificado es el Hijo de Dios. La experiencia postpascual, el Evangelio de Juan y otros textos vinculan profundamente la mirada a la confesión de fe.

Los textos bíblicos nos presentan una gama enorme del *ver*: Dios es un Dios que ve. ¿Puede el hombre *ver* a Dios sin morir? Todos los hombres *verán* la gloria de Dios. Hay que renacer de nuevo para poder *ver* el Reino. Seguir a Jesús incluye una experiencia de *ver* y un deseo de contemplarlo. La visión aparece como señal de la aceptación o rechazo del Reino. Los signos de Jesús son vistos y dan testimonio de su misión. Ver a Jesús en el hermano es condición de salvación. Una mirada de fe da testimonio de Cristo Salvador: «El capitán romano, que estaba frente a Jesús, *al ver* que éste había muerto, dijo: Verdaderamente este hombre era hijo de Dios!» (Mc. 15,39).

En las experiencias de la resurrección la fe aparece condicionada por la visión: la visión como origen del testimonio apostólico; la visión como síntesis de la plenitud de la salvación.

Juan utiliza una gama de verbos para referirse a la visión: *blepein - theasthai - theorein - idein - horan* = «ver», «mirar», «atender a»... En la traducción castellana es difícil intentar encontrar modalidades distintas para cada uno de estos verbos griegos.

Desde la forma más material de la visión y avanzando hasta la más sublime y profunda, se podrían ordenar los verbos griegos de esta forma: *blepein - theorein*

- *horan (idein) - theasthai*; a este último verbo seguiría *pisteuein*, «creer», que expresaría el conocimiento pleno de la realidad, que es la verdad celeste.

La teología del mirar en Juan, podríamos sintetizarla de esta manera: *no se ve para creer, sino que se ve de una manera diferente, porque se cree*.

Hay un matiz del verbo *theasthai* que puede indicar el mirar un espectáculo dramático y en cierto medida identificarse con él. Por aquí podría llegarse a un grado muy alto de participación en el misterio celebrado. La visión sería el vehículo para identificarme con el misterio redentor que se celebra y al que me uno por medio de la visión.

### Teología del mirar

Los hechos de vida desbordan la reflexión del espíritu. Nos encontramos perplejos y sorprendidos, a veces cercados e indefensos ante la agresividad de los efectos que produce la técnica. El hecho televisivo, cuando toca las transmisiones litúrgicas, plantea serios interrogantes a la teología sacramental...

La teología de los medios modernos de comunicación está aún lejos de iniciar su exploración en este campo. Es muy escasa la reflexión teológica sobre el fenómeno de la televisión, cuando se trata de la trasmisión de la eucaristía. Hay muy pocos espacios de análisis y de crítica de lo que se hace en este campo. ¿Qué es, qué puede o debe ser una trasmisión de una celebración sacramental? ¿Qué tipos de participación pueden concebirse?

El decreto *Inter mirifica* del Vaticano II, sobre los medios de comunicación social, en el número 14, afirma: «Han de fomentarse con todo interés las emisiones católicas, mediante las cuales los oyentes y los espectadores se sientan estimulados a participar en la vida de la Iglesia y se compenetren con las verdades religiosas.»

Pero la legitimidad de un acto litúrgico, de una eucaristía en la pantalla del televisor y la correcta realización de la misma, están condicionadas por un concepto claro y luminoso del medio y de todas sus implicaciones que los teólogos y los liturgistas están lejos aún de conseguir. Es necesaria una reflexión teológico-litúrgica de la televisión, cuando se trata de transmitir por ella un sacramento. Ésta tendrá que replantear la frontera humana del signo y del símbolo litúrgico, si aceptamos la afirmación de Edward T. Hall, citada por McLuhan en *La galaxia de Gutenberg*<sup>1</sup>, de que todo medio

---

1. McLuhan, M., *La galaxia de Gutenberg*, p. 16.

es la ampliación de un órgano sensorial. Habrá de estudiar la oportuna adecuación entre el mensaje, el contenido y el medio. Habrá de tener en cuenta el tipo de asamblea que crea una emisión televisiva, así como las posibles reacciones y comportamientos de los telespectadores.

¿Cómo evitar que la liturgia transmitida se convierta en *espectáculo* en el cual los espectadores se contentan con *ver* lo que otros hacen? ¿Cómo pasar de un mirar superficial, equiparado al interés con que se miran los demás espacios televisivos, para profundizar y sintonizar desde dentro, hasta llegar a crear en el televidente una verdadera experiencia celebrante «a distancia»?

### ¿PRELACIÓN DEL MIRAR?

En la Edad Media, a partir del siglo XIII, el hecho de ver y contemplar la eucaristía adquirió un excesivo protagonismo. Se potenció más el adorar que el celebrar, más el ver la hostia que el comulgar del pan. Se introdujo en esa época la «elevación» del pan consagrado, para que los fieles lo vieran mejor. Lo anterior se explica, por la colocación del sacerdote de espaldas a la asamblea. Más adelante se introdujo también la elevación del cáliz. Se desarrolló toda una espiritualidad centrada en la visión de la eucaristía. Una especie de «comunidad visual» relacionada de alguna manera con la «comunidad espiritual» que también conocimos.

Ahora que la Iglesia recobra el equilibrio entre las diversas dimensiones de la celebración litúrgica, el peligro tal vez no es quedarse en la sola visión del sacramento, sino descuidar el lenguaje de la corporeidad total, por la primacía excesiva concedida a veces a la comunicación verbal en nuestras celebraciones.

¿No pertenece la transmisión de la misa por televisión a esta especie de «comunidad visual» que permite una verdadera «comunidad espiritual» entre el hecho celebrativo que se realiza en un lugar concreto y los fieles que se unen a él desde sus casas?

En el contexto litúrgico preconciliar, limitado de suyo por las ataduras del latín, quizás también el culto del sacramento ofreció un cauce más asequible y jugoso a la devoción popular. Este culto constituyó, no sólo una prolongación de la misa, sino también el medio más eficaz para una irrigación continuada de la eucaristía en toda la vida personal y social. Por lo demás, satisfacía dos aspectos del sacramento muy valorados entonces, a saber: (1) La contemplación tranquila y recogida de la santa hostia, como «imagen» privilegiada del Señor presente. Es lo que nosotros llamaríamos funcionalidad «iconal» del sacramento o, en analogía con la celebración de la misa, una especie de «alzar», de «elevación» prolongada a gusto y satisfacción del orante, para la adoración, el coloquio y la súplica. (2) Y por lo mis-

mo, también, el disfrute sin trabas del encuentro íntimo con Cristo, en analogía con el momento cumbre de la Comunión.<sup>2</sup>

¿No existirá todavía la posibilidad para desarrollar una teología sacramental de la *visión* como *comunión* con el misterio salvífico que se celebra?

¿No respondería a esta funcionalidad «iconal» del sacramento, de la que se trata en la citación anterior? ¿No se podrá elaborar una teología de la eucaristía que prolongue la eficacia sacramental más allá del comer y beber, y que posibilite a la sola visión un determinado grado de participación que permita llegar, en la fe del sacramento, a un encuentro personal con Cristo, a través de la contemplación? ¿No podrá darse una verdadera participación en el sacrificio de Cristo, al unirse por medio de la televisión a ese sacrificio y al ofrecer los propios dolores y trabajos con Jesús, para convertirlos en salvíficos y llenarlos de sentido? ¿Acaso el hecho de la trasmisión de la eucaristía por televisión no plantea serios problemas pastorales y sacramentales sobre el tipo de concepto de tiempo y espacio que se maneja? Ese tiempo y espacio de una celebración televisiva ¿no se distorsionan y de alguna manera se rompen al utilizar estos medios, en donde la realidad de lo que ocurre se desdobra?

En una de las catequesis mistagógicas de san Cirilo de Jerusalén, encontramos este hermoso texto, cuando indica la manera concreta de recibir el pan eucarístico. Una frase me ha impresionado. Luego de explicar la manera práctica de colocar las manos, la una sobre la otra como un trono para el Rey, el comulgante *debe santificar sus ojos al contacto con el santo cuerpo*. Santificar los ojos en el momento de la comunión sacramental con el cuerpo de Cristo, nos parece que expresa muy hermosamente esa «comunión visual» de la que hemos hablado antes.

*Adiens igitur, ne expansis manuum volis, neque disjunctis digitis accede; sed sinistram velut thronum subjiciens dexteræ, utpote Regem suscepturæ: et concava manu suscipe corpus Christi, respondens: Amen. Postquam autem caute oculos tuos sancti corporis contactu sanctificaberis, illud percipe; advigilans ne quid ex eo tibi depereat<sup>3</sup>. (XXI)*

*Traducción francesa: «Quand donc tu t'approches, ne t'avance pas les paumes des mains étendues, ni les doigts disjoints; mais fais de ta main gauche un trône pour*

- 
2. DE ROUX, RODOLFO, «Aproximación a la religiosidad popular eucarística en Colombia», en *Revista Teológica Xaveriana*, No. 96, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, 1990, p. 291.
  3. S. CYRILLI HIEROSOL. ARCHIEP., *Catechesis XXIII, Mystagógica V, De sacra liturgia et Communione. Patrología Griega MIGNÉ*, tomo XXXIII, p. 1123-1126.

*ta main droite, puisque celle-ci doit recevoir le Roi, et, dans le creux de ta main, recois le corps du Christ, disant: «Amen». Avec soin alors sanctifie tes yeux par le contact du Saint Corps, puis prendes-le et veille à n'en rien perdre.»<sup>4</sup> (Sources Chrétiennes, 126, 171).*

Posible traducción castellana: «Cuando te acerques (a comulgar), no lleves las palmas de la mano extendidas ni los dedos separados; más bien, la mano izquierda que sea como un trono sobre la mano derecha, para recibir al Rey; y en el cuenco de tu mano recibe el cuerpo de Cristo, respondiendo: Amén. Vigila que no se pierda nada. Luego santifica tus ojos al contacto del Santo Cuerpo.»

### Importancia del mirar

Los ojos juegan en la vida un papel preponderante. El cuerpo es nuestro lenguaje radical. La fe nace y pasa por nuestra corporalidad. En la liturgia todos nuestros sentidos deben participar: oler, gustar, tocar, oír y sobretodo *ver, mirar, contemplar*.

La liturgia ha de ser una pedagogía visual. Todos recordamos el sentido que tenía para los israelitas el orar mirando hacia Jerusalén. Los cristianos trataron de que sus iglesias estuvieran «orientadas», o sea, situadas de modo que pudieran orar mirando al oriente, el lugar simbólico del sol verdadero, Cristo Jesús.

La vista es uno de los modos más válidos de nuestra experiencia de la realidad y del acercamiento a las personas. Los ojos son en verdad ventanas de la persona, puerta de acceso a la intimidad. Los ojos nos permiten una «toma de posesión» del mundo que nos rodea. Con la mirada nos comunicamos antes que con la voz. Por la mirada, lo que está lejano se hace cercano, se hace nuestro, entra en nosotros. Es el modo más radical de expresión. Los ojos son el espejo de nuestros sentimientos y emociones: afecto, enfado, resentimiento, indiferencia.

«La lámpara del cuerpo es el ojo; si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; si tu ojo está malo, todo tu cuerpo está a oscuras.» (Mateo 6,22-23)

### Hacia una liturgia más visual

La reforma de la liturgia emprendida por el Concilio Vaticano II favoreció la visibilidad en toda la celebración, sobre todo, al restablecer el altar de cara al pueblo y al cambiar la disposición del ambón y de la sede presidencial. Pero no hemos superado todavía, en muchos casos, el *decir* misa. Falta aún mucho camino en la

4. Sources Chrétiennes, 126, 171.

manera de celebrar, para llegar a una comunicación visual celebrativa como conviene.

En la celebración, la vista ayuda en gran medida a captar la dinámica del misterio celebrado y a sintonizarse con él. La mirada de fe viene sostenida y ayudada por la mirada humana. No podemos descuidar la potencialización de todo lo visual en la celebración: gestos y acciones bien realizados; signos abundantes y no mínimos; movimientos armónicos y expresivos; espacios bien distribuidos; belleza estética...

Los ojos también celebran; no sólo el oído y la lengua.

Lo que celebramos es siempre un misterio sagrado: Dios, que nos dirige su Palabra; Cristo, que nos hace entrega de su cuerpo y de su sangre; el sacrificio redentor, cuyo memorial se realiza sobre el altar... Pero los signos con los que realizamos todo esto no tienen por qué ser misteriosos, ocultos o prescindir de su expresividad visual.

El poder mirar lo que sucede en el altar a través de la televisión, no es pérdida del sentido del misterio. Ver más de cerca al ministro, sus gestos y acciones, los signos sacramentales, es una ayuda pedagógica inmensa. El hecho de mirar puede ser una de las mejores maneras de expresar nuestra atención a la Palabra que se nos proclama o a la acción litúrgica que todos celebramos.

Necesitamos potenciar el lenguaje de los ojos y la pedagogía de la mirada para entrar en profundidad en lo que estamos celebrando. Mirar supone una actitud espiritual exigente, semejante a la que nos insinúa el Salmo: «...como están los ojos de los esclavos fijos en la manos de sus señores, así están nuestros ojos en el Señor Dios nuestro, esperando su misericordia.» (Salmo 122). Nosotros lo hacemos con la alegría y la santa libertad de los que se sienten hijos en la familia de Dios.

## CONDICIONES BÁSICAS PARA LA TRASMISIÓN DE LA EUCARISTÍA

Hay que tratar de conjugar el *ritmo litúrgico* con el *ritmo de producción*.

Las transmisiones radiofónicas y televisivas de acciones sagradas, sobre todo si se trata de la celebración de la misa, se harán discreta y decorosamente (*discrete ac*

---

5. SC, No. 20.

*decore*), bajo la dirección y responsabilidad de una persona idónea a quien los obispos hayan destinado a este menester.<sup>5</sup>

Si se tiene la oportunidad de realizar la santa misa, debemos buscar que ésta sea un *modelo* de celebración litúrgica y no contentarnos con que sea una «celebración promedio», una celebración más; que la realización sea de tal manera que pueda ser profundamente *catequética*.

Una persona enferma, alejada de la práctica religiosa, me escribía:

Me ha llamado poderosamente la atención la forma como usted habla y realiza las acciones de la misa. En especial me impresiona cómo dobla la rodilla ante el altar después de la consagración. Me ha inquietado profundamente, pues me da la impresión de que usted al menos, por la manera de hablar y de actuar, cree en una presencia que se hace sentir en su misa.

Tal vez para muchas personas, de hecho alejadas de la Iglesia-comunidad, puede ser una oportunidad de escuchar la Palabra de Dios, y de ver por televisión una eucaristía a la que se sentirán siempre invitados. A lo mejor esta ventana dominical será la única que se abrirá para otros que por motivos variados se mantienen alejados de la Iglesia-comunidad, bien sea por su situación moral, o por rechazo de la institución. Una Iglesia que trasparenta a través de la pantalla su gozo y esperanza, al celebrar el misterio pascual de Cristo; una Iglesia que se revela acogedora, abierta, capaz de inspirar un sentido de vivir y de luchar por un mundo justo y en paz, será con mucha más verdad un *signo levantado entre las naciones*.

La trasmisión de la eucaristía bien realizada puede ser recomendada a las familias como un instrumento de iniciación cristiana, para que los niños que se disponen a recibir la primera comunión aprendan a participar y a responder correctamente. Hay catequistas que también señalan a los niños la tarea de mirar la eucaristía por televisión para que aprendan a distinguir las diversas partes de la misma y puedan memorizar las respuestas.

Dada la creciente secularización de nuestro medio, la asistencia a la misa dominical comienza a disminuir vertiginosamente en algunos ambientes, especialmente los urbanos.

Siempre quedará una franja enorme de cristianos, nominales al menos, que nunca acudirán a la parroquia para celebrar la eucaristía junto con una comunidad cristiana concreta. A los 500 años de la evangelización de nuestro continente latinoamericano, tenemos que confesar que las estadísticas de población hablan de un 90 o 95 por ciento de católicos... Pero en la práctica, aun cuando ese

sea tal vez el número de los bautizados, no corresponde al número de convertidos y mucho menos al de quienes practican y acuden regularmente a la eucaristía. La problemática de pastoral sacramental es más amplia y profunda que esto... Aquí solo tocamos tangencialmente lo que se refiere a la eucaristía.

Este hecho motiva poderosamente una trasmisión de la eucaristía por un medio masivo de difusión, como la televisión.

Personas aisladas en los campos lejanos, personas enfermas, personas privadas de la libertad en las cárceles, personas ancianas que no salen de su casa o que viven en residencias para la tercera edad, madres que esperan un bebé, madres con niños pequeños, personas que cuidan a los enfermos terminales, celadores, trabajadores de turno... Todas estas personas son potenciales televidentes y destinatarios de la misa de televisión.

Una carta me ha impresionado profundamente a lo largo de estos 18 años al frente de la misa por televisión. Trasluce en sus líneas un esfuerzo inmenso por penetrar en la realidad profunda del sacramento. Una señora, postrada en cama desde hace siete años, me proponía lo siguiente: que tuviera la *intención* de consagrar una hostia que ella tendría con todo respeto en su mesa de enferma y que conseguiría en un convento de religiosas. Así podría comulgar en la misa que ella seguía fielmente por televisión. Este deseo ingenuo, pero lleno de fe, pone de relieve los problemas que siempre se han planteado con respecto a la realización del sacramento «a distancia»: algo parecido a lo que se ha discutido a propósito del sacramento de la penitencia por teléfono...

Otra persona, de edad avanzada, vive en Calamar, un poblado muy pobre a orillas del río Magdalena, con un clima tropical sofocante de 35 a 40 grados todo el año. Me escribía que veía desde su cama la santa misa y que si era posible, le enviara cada semana por correo la eucaristía, para poder participar plenamente en el banquete de Jesús. Tuve que responderle que el correo no es el medio adecuado para recibir la eucaristía; que buscara la forma de encontrar una persona idónea que pudiera llevarle la comunión, autorizada por el párroco .

Naturalmente estas dos peticiones pueden satisfacerse de otra forma. Es necesario despertar en la pastoral eucarística una ministerialidad y corresponsabilidad, de modo que los enfermos puedan participar de la comunión eucarística, aun cuando no acudan a la parroquia. Pero esa es una temática de pastoral parroquial.

Las dos cartas que he mencionado nos hacen descubrir una dinámica espiritual y participativa que desencadena la celebración transmitida por televisión. A través de la pantalla se establece un vínculo real con las personas enfermas o aisladas y se entra en una comunión con el sacramento que se celebra. El hecho televisivo vuelve a presentarnos una forma de comunicación con el misterio eucarístico que en la tradición cristiana se llamó *la comunión espiritual*. No se trata aquí de un mero deseo interior. Hay una comunicación visual real con el misterio que se celebra. Y los ojos, la visión, son en su medida, vehículo de comunión sacramental, como lo hemos tratado de expresar en nuestras motivaciones teológicas.

¿No podremos formar, en una sociedad mayoritariamente católica, una asamblea litúrgica sin fronteras, dispersa en el espacio, heterogénea y anónima, pero unida espiritualmente por la misma fe y comunicada electrónicamente por la misma televisión? ¿No se podrá abrir así la Palabra del Padre a muchos hijos dispersos y suscitar en ellos una respuesta de fe?

¿No podrá ser la misa transmitida por televisión una oportunidad única para muchos de ofrecerse con Cristo, por Cristo y en Cristo, como oblación espiritual, en la unidad del Espíritu Santo, para gloria de Dios? ¿No podrá ser la eucaristía por televisión la ocasión de una auténtica comunión espiritual y cuando sea posible, de una comunión sacramental, haciendo vivir a tantos cristianos el ritmo celebrativo de la Iglesia? ¿No podremos dar a la celebración televisiva el lenguaje propio de la televisión? ¿Cómo debemos celebrar el misterio de Cristo, presente y actuante en la historia, aquí y ahora, para la familia global de nuestros países de mayoría católica?

Bastaría saber que una sola persona (o tal vez muchas) han encontrado en la misa de la televisión una luz, una fuerza, una alegría, una fuente de paz interior para unir sus dolores y su agonía al sacrificio redentor... Eso justificaría todo el esfuerzo que hacemos para continuar gritando el mensaje de Jesús desde los tejados.

## LA IMAGEN COMO VEHÍCULO DE EVANGELIZACIÓN

### Confrontación entre palabra e imagen

Desde muy antiguo la Iglesia conoció esta controversia (cfr., problemas con los iconoclastas). Muchos han llegado a poner en duda la imagen de la televisión

como vehículo de una comunicación auténtica: falsifica la relación con la realidad; deja en un segundo plano la palabra; elimina el rigor del pensamiento lógico. Solamente la palabra que expresa lo sublime es el camino de la revelación de Dios al hombre. Dios crea el mundo y se manifiesta por el Verbo. Todo lo visual (íconos, ídolos e imágenes), es falso y peligroso...

Lo anterior es una visión maniquea de la imagen. A diario se da una confrontación con la posición protestante sobre la utilización de las imágenes. Sin desconocer el peligro idolátrico que conlleva la imagen (sobre todo, ciertas imágenes) las instancias oficiales de la Iglesia se han puesto poco a poco delante de las cámaras. En torno a la trasmisión de la celebración eucarística no han faltado las polémicas. Para la reflexión de los pastores y de los teólogos, los medios de comunicación relacionados con la trasmisión sacramental, han constituido y constituyen uno de los aspectos más problemáticos de la cultura moderna.

Los teólogos y pastoralistas de hecho están bastante marginados de una reflexión teológica que justifique la vinculación de los medios de comunicación con la liturgia.

Ha faltado en la Iglesia desarrollar y enriquecer el conocimiento del hombre que comunica y del hombre al que comunicamos el mensaje. Hace falta también conocer el instrumento comunicativo, no solo desde el punto de vista técnico, sino también filosófico y teológico.

Karl Rahner desde los años cincuenta, denunciaba la retransmisión de la misa televisada como algo que no estaba conforme con la tradición de la Iglesia. ¿Por qué lanzar a todos los vientos el más profundo de todos los misterios? Según la disciplina del «Arcano», el núcleo más íntimo de toda religión está reservado a los iniciados. En la Iglesia, la eucaristía es el más profundo misterio de la fe cristiana. Emitirla por televisión es como entregar un alimento a todo el que quiera recogerlo, sin importar su actitud, su comprensión, su fe... Hacer esto es exponer lo más sagrado a la crítica y a la banalización.

Sin embargo, no todos están de acuerdo sobre esta disciplina del «Arcano» y de los misterios en la Iglesia. El cristianismo siempre tuvo la marca de la apertura: «Id a todas las naciones... Predicad, anunciad, bautizad... Haced esto en memoria mía... Lo que os digo en secreto ¡predicadlo desde las azoteas!»

El Concilio Vaticano II en la «Constitución sobre la liturgia» (No. 20) recomendó dos cosas principalmente con respecto a la trasmisión de la misa: que se haga «con discreción y con dignidad».

Es necesario avanzar un poco en una reflexión sobre las implicaciones teológicas y pastorales de la misa televisada. El televidente, supuesta su fe, ¿se pone en contacto directo con Dios a través de la misa televisada? El televidente ¿puede hacer parte real de una asamblea eucarística sin estar corporalmente allí? ¿Se puede concebir otro tipo de asamblea dispersa en el espacio? ¿Puede darse una verdadera experiencia celebrativa en el aislamiento de una persona frente a su televisor? ¿Cuál es la validez de una participación visual?

Desde 1957 en la encíclica *Miranda prorsus*, el Papa Pío XII había sido favorable a la misa televisada: «El enorme provecho para la fe y la vida espiritual, que puede producir la trasmisión televisada de las ceremonias litúrgicas, especialmente para los espectadores que están impedidos para asistir personalmente, nos mueve a renovar nuestra recomendación de este tipo de emisiones.» ¿Pasados tantos años, ¿tenemos derecho a poner en duda esta luz verde que encendió Pío XII? En el fondo permanece siempre un interrogante sobre la legitimidad de la retransmisión de la misa. No se trata de saber si es una verdadera misa o no. En realidad lo es: se realiza en alguna parte, con una asamblea concreta y con las condiciones de validez exigidas para cualquier celebración.

La pregunta recae sobre el modo de participación de los espectadores. La televisión ha producido un hecho sin precedentes en la historia de la liturgia de la Iglesia. Cualquiera tiene acceso directo a la misa televisada, si lo desea. Cada uno puede ponerse en contacto con el culto, en total anonimato, en la intimidad de su vida privada. No es necesario entrar en una Iglesia, ni tampoco reunirse con otros cristianos. La misa en la pantalla parecería introducir una forma cultural que contradice la esencia de toda celebración, cual es reunirse con otros creyentes para hacer memoria del Resucitado, escuchar su Palabra y renovar el memorial de su Pascua en torno a una mesa... Esta situación puede manipularse para lo mejor o para lo peor... La participación litúrgica por televisión plantea problemas y ambigüedades. Pero pensamos que ofrece más oportunidades que inconvenientes para la maduración de la fe.

(Queda por reflexionar un poco más sobre los problemas que plantea la grabación de la eucaristía... El tiempo y el espacio ¿son los mismos cuando se trata de emisiones televisadas?)

### Las ambigüedades de la misa televisada

Ante la pantalla ¿el televidente cristiano escaparía a las leyes de toda experiencia humana celebrativa? ¿Se podría dejar de lado la necesidad de presencia física corporal en una asamblea concreta para que haya una auténtica celebración?

Quien presencia desde su lecho o desde su casa la misa televisada, está como dispensado de una presencia física: su cuerpo no está en el lugar donde se celebra la eucaristía. Marshall McLuhan evoca este riesgo de «des-encarnación» del telespectador.

Cuando tú estás en las ondas electromagnéticas, tú estás a la vez en todas partes. El hombre electrónico es de alguna manera un super-ángel. Cuando llamas por teléfono, tú no tienes cuerpo. Sin embargo, tu voz está allí aunque la persona con la que hablas está en otra parte. El hombre electrónico no tiene una presencia carnal: es literalmente des-encarnado. Y un mundo desencarnado es una amenaza temible para la Iglesia que necesariamente ha de ser encarnada... y los teólogos no han querido ni dar un vistazo a este problema.<sup>6</sup>

Ante su pantalla, el televidente sería como un hombre sin cuerpo. No forma parte de una asamblea de creyentes localizada en el espacio y en el tiempo. La mira a través de la pantalla. Pero él mismo no está en la escena... ni participa en la Cena. Está fuera de la escena y de la Cena. Más aún, está ante la *imagen* de una misa, atrapado y cautivado por el juego de esa imagen.

Las imágenes nos tocan emocionalmente, nos sumergen en el universo de la afectividad y de la emoción. Establecen una proximidad. Acortan la distancia que nos separa del misterio. Este poder de fascinación de la imagen hace difícil establecer una diferencia entre lo que muestra la pantalla y lo que está pasando en la realidad. La imagen que se interpone entre la realidad y el espectador se impone de tal manera, que hace olvidar la misma realidad. La imagen televisiva nos pone frente a frente una realidad, de un modo mucho más intenso que si estuviéramos participando en ella. Pero estamos aislados, nos deja sin posibilidad de tener un interlocutor... (No deja de ser inquietante la expresión tan corriente sobre la misa televisada: «Es tan hermosa! Además nadie nos distrae ni nos interrumpe... ¡este espectáculo sagrado!»)

La retrasmisión grabada de una misa añade más confusión todavía. Da al televidente la «ilusión» de lo inmediato. No hay unidad de lugar ni unidad de tiempo. La cámara tiene el poder extraordinario de poner en relación a las personas que no pueden verse, que están dispersas en el tiempo y en el espacio. Se establece esta relación gracias a un artificio y a la mediación de técnicas sonoras y visuales. No se trata de una experiencia celebrativa in-mediata. La televisión misma es un *medio* de comunicación. Faltaría averiguar teológica y pastoralmente qué implicaciones tiene la participación no in-mediata en una celebración litúrgica...

---

6. McLuhan, M., *Otro hombre, otro cristiano en la era electrónica*,

### **RAZÓN EN CONTRA: TESTIGOS SIN CARNE NI HUESO...**

La misa televisada se convierte en un lugar interesante de observación de la clase de cristianos que conviven en nuestra sociedad en proceso acelerado de secularización. Pone a la luz del día la oposición que cada vez más cristianos establecen entre la fe personal y la expresión colectiva de la fe. Según algunos, la fe es una cuestión de la conciencia personal; un asunto privado que cada uno debe manejar a su manera. La expresión comunitaria de la fe sería un «más» para creyentes celosos e ilustrados o una simple consecuencia para practicantes devotos. ¡Para cuántos cristianos los sacramentos se reducen a un encuentro íntimo con Dios! Ésta es una secuela de una Iglesia clerical que redujo los sacramentos a cosas para los usuarios de los servicios religiosos.

Para el que conoce la dinámica del Evangelio, el acceso a la relación con Dios pasa por el encuentro con los «testigos», con los que creyeron y vivieron la experiencia de la resurrección. La cara visible de la resurrección son estos testigos de carne y hueso. Desde entonces, la resurrección se puede ver y descubrir en el amor, en las acciones, en la capacidad de compartir y de relacionarnos, en las asambleas de oración, en las celebraciones. En la primera comunidad cristiana a ningún creyente se le hubiera ocurrido hablar de «no practicantes».

En la Iglesia los sacramentos no se conciben como una forma de entrar en relación *directa* con Dios. Dios no se encuentra fuera de los testigos que hablan de Él y lo manifiestan en su vida. Por eso la asamblea del domingo es una necesidad; no pueden darse una existencia cristiana ni la Iglesia sin la reunión de los creyentes para celebrar.

La asamblea eucarística construye la Iglesia. No se trata de la obligación moral, bajo pecado mortal, de ir a misa o de cumplir un precepto, sino de la concepción de una fe que pasa inevitablemente por las mediaciones. Para venir a nosotros, Dios se hace hombre. Para ir a Él, necesitamos de las mediaciones humanas. Así como una fe se profesa y se vive, tiene que celebrarse en momentos particulares.

### **RAZONES EN FAVOR: OPORTUNIDADES DE LA MISA TELEVISADA**

Los puristas podrían decir (y de hecho dicen) que si la misa televisada tiene tantos límites, riesgos y ambigüedades, no la hagamos más; que reservemos la eucaristía para los iniciados (¡cada vez más pocos!); que transmitir la misa por televisión es deseducar a los fieles en la necesidad de cumplir el precepto dominical. Esta

reacción extremista corre el peligro de encerrar la problemática en el sofisma del *todo o nada*. En el contexto de indiferencia religiosa que vivimos, y que crece aceleradamente, la pertenencia a la Iglesia no se puede poner en esta alternativa: o se tiene una práctica religiosa regular o no hay ninguna vida cristiana. No podemos poner de un lado la misa dominical en la parroquia y el compromiso comunitario, y del otro lado un vacío total y un desierto espiritual.

### **Nuevas maneras de concebir la pertenencia a la Iglesia**

La práctica de los sacramentos no es el único criterio para saber quién pertenece o no a la Iglesia. Si es cristiano solamente el que practica semanalmente en la Iglesia parroquial, la gran mayoría de nuestros bautizados no serían cristianos... ¿Cuántos van a misa en Colombia? Eso no quiere relativizar la importancia que la Iglesia da al bautismo o a la eucaristía: sin la práctica sacramental, la Iglesia se desmoronaría sociológicamente y teológicamente. Pero sin duda, existen modos y grados de pertenencia a la Iglesia.

En esta perspectiva, la misa por televisión puede hacer pensar en un tipo de pertenencia a la Iglesia que no se reduce a la participación en una comunidad local y a la participación en los sacramentos. La eucaristía en la pantalla ofrece una puerta de entrada a quien se siente lejos de la Iglesia, a quien desea comenzar o continuar teniendo algunos vínculos, aunque sean ligeros, con los demás cristianos. Esto supone que una sana pastoral debe propiciar esos contactos, así sean marginales, y respetar los procesos y el itinerario de fe de tantos que buscan a Dios a tientas. Éstos pueden encontrar en la celebración televisada una ventana para ponerse en contacto con la realidad de la Iglesia.

El cardenal Martini en una carta sobre la comunicación y la pastoral, comparaba el efecto de una comunicación cristiana a través de los medios, como el contacto de aquella mujer enferma que entre los empujones de la multitud, intentaba tocar *el borde del manto* de Jesús...

### **¿Cómo hacer televidentes activos?**

La imagen conlleva ambigüedades. Pero si se trata de televisión no se la puede suprimir. Se plantea entonces el problema de ¿cómo producir una imagen que no se convierta en una mampara entre el realizador que la produce y el televidente que la recibe? ¿Cómo construir imágenes que permitan al televidente creyente orar y entrar en la dinámica celebrativa? ¿Cómo obviar el peligro siempre presente

de hacer espectáculo con la misa? ¿Cómo inducir a una verdadera participación activa a un televidente que no está físicamente participando en una celebración? ¿Cómo hacer que una emisión como la misa, abra a los televidentes a la realidad y no se convierta en un espectáculo que crea un imaginario lejano de la vida?

Estas preocupaciones no son únicamente técnicas. Ponen en cuestión la calidad de nuestra comunicación de fe y la autenticidad de la fe con que la realizamos... El cristiano que ve una misa televisada está invitado a *creer*, más allá de lo que ve.

### **DICHOSOS LOS QUE VIERON Y CREYERON...**

Las ondas electromagnéticas podrían ser simbólicas y portadoras de la acción del Espíritu. Ante su televisor, el televidente podría compartir el pan y el vino y así integrarse a la comunión eucarística. Pero no basta transmitir imágenes y sonidos para crear una acción inmediata e instantánea con Dios. A la Palabra y a la acción de Dios que se proponen en la transmisión de la misa, corresponde en el creyente una respuesta, una adhesión de fe.

Con sus ambigüedades y sus oportunidades, la misa televisada revela lo que pasa con frecuencia en la Iglesia: las comunidades cristianas actúan sin que la reflexión teológica se ponga en marcha. La vida evangélica nos lleva la delantera, y a veces nos gana la carrera. Luego vendrá la reflexión teológica. ¿Será acaso la verdadera condición para que avance la Iglesia?

### **¿PARA QUIÉNES SE EMITE LA SANTA MISA?**

1. Para los enfermos y ancianos que no pueden ir a la Iglesia. También los campesinos alejados de los pueblos y ciudades. Es el único contacto regular que pueden tener con otros cristianos. Los abre a una dimensión universal de la Iglesia. Para muchos se constituye en una verdadera participación. (Por ejemplo, existe una vereda donde sus habitantes se reúnen para ver la misa... responden... siguen las actitudes...).
2. Para cristianos practicantes o que se declaran tales: les sirve para gustar la celebración en la que luego participarán. La calidad de la emisión les ayuda a profundizar los diversos aspectos de la Palabra. Siguen con especial interés la predicación. Varios sacerdotes y hasta obispos confiesan que siguen la emisión porque les ayuda a preparar la celebración y la homilía. Para un cristiano mediana-

mente practicante, la emisión de la misa por televisión es otra manera de vivir y santificar el domingo, sin excluir ni renunciar a la misa parroquial.

3. Para los incrédulos o poco creyentes. El hecho de transmitir la misa por un canal nacional, permite que pueda ser vista por cualquier persona que encienda un televisor. Un extenso público de creyentes o no creyentes, de buscadores de Dios o de inquietos religiosamente pueden verla. Es un público difícilmente definible: gente que no se anima a ir a la Iglesia por dificultades espirituales o morales, o por pereza; que sin embargo, desea mantener algún tipo de relación con la comunidad cristiana.

Para todo este público es importantísimo el testimonio vivo de fe de la asamblea que celebra. ¿Qué imagen de Iglesia refleja este grupo concreto que celebra? La predicación es lo que más parece atraer a este tipo de televidentes.

No se puede comparar la participación en una asamblea litúrgica dominical con la visión televisada de la misa. Pero no podemos afirmar que no hay ninguna participación del telespectador. El televidente, especialmente el enfermo o impedido físicamente para desplazarse, se une de manera muy intensa a la celebración del sacrificio redentor. Siente una cercanía y proximidad, gracias a las imágenes, encuadres, desplazamientos de la cámara, etc. La misa transmitida por televisión cumple una verdadera función evangelizadora, además de las imágenes, especialmente a través del testimonio vivo de fe. La misa es un modo de decir, como Jesús, a los primeros discípulos: «Venid y ved», invitación extensiva a los no creyentes o a los que dudan y cuestionan su fe o a los que ven la misa por pura curiosidad. La fe celebrada bella y devotamente golpea la sensibilidad y la fe de los que miran.

Las transmisiones religiosas deben tener el objetivo de evangelizar a través de la televisión. Consideramos la televisión como un instrumento válido para llevar el mensaje. Nos queda el camino de aprender el lenguaje siempre exigente de la televisión. Si no aprendemos a expresarnos en el lenguaje específico, la televisión no respetará nuestro mensaje... más aún: lo podrá traicionar. ¿Cuándo llegará el día en que logremos hacer una síntesis profunda y armoniosa entre lenguaje televisivo, arte e inspiración cristiana? Si no se da este encuentro entre televisión y Evangelio, no tendremos verdadera evangelización. Es lo que pide Santo Domingo: evangelizar la cultura de la imagen. Nuestro objetivo no será tanto evangelizar a través de la televisión sino evangelizar la televisión misma.

No se puede reflexionar en el sentido propio de la misa de televisión sin profundizar en el conocimiento del lenguaje ritual propio de los sacramentos y del lenguaje televisivo. Uno y otro son códigos, que combinados el uno con el otro, pueden producir lo mejor o lo peor. Es esencial considerar la celebración eucarística como una puesta en escena ritual. ¿Cómo realizar una misa por televisión si no se está convencido del simbolismo de la eucaristía? La celebración televisiva es un grado suplementario de acción simbólica que se añade a la simbólica ritual de la liturgia. La técnica televisiva debe ponerse al servicio del mensaje que debemos transmitir.

#### BIBLIOGRAFÍA

CELAM, Departamento de Liturgia, *Liturgia de radio y televisión*, 1983.

LEVER, FRANCO, *I programmi religiosi alla radio e in televisione*, Editrice Elle Di Ci, Torino, 1991.

BIANCHI, JEAN, «Messes télévisées», *Études*, tome 377, No. 5 (3775), Nov. 1992.

HEINZ, GÉRARD, *Radiodiffusion et télévision, Aproches théologiques*, 1981. (Tesis de doctorado sostenida en la Facultad de teología protestante de la Universidad de Ciencias humanas de Estrasburgo).